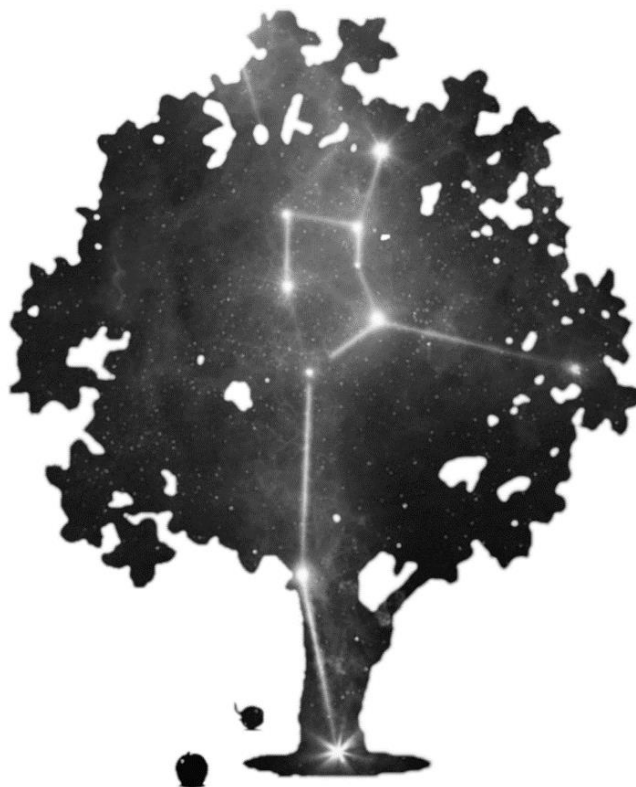


**El Libro**  
**en Blanco**  
**El Capítulo del Mendigo**



**Iván Baya**



# **El Libro en Blanco**

**-El Capítulo del Mendigo-**

**Iván Baya**

Título original: El Libro en Blanco – El Capítulo del Mendigo

 2013-2022, Iván Baya

© 2023, Iván Baya

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente provistos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Diríjase al sitio web de Safe Creative (<https://www.safecreative.org/>) si desea obtener más información acerca de la obra y sus derechos.

5.ª revisión (borrador)

Versión Digital / Digital Version

N.º de registro: 2302023324407

*“Doy las gracias a las desgracias”*

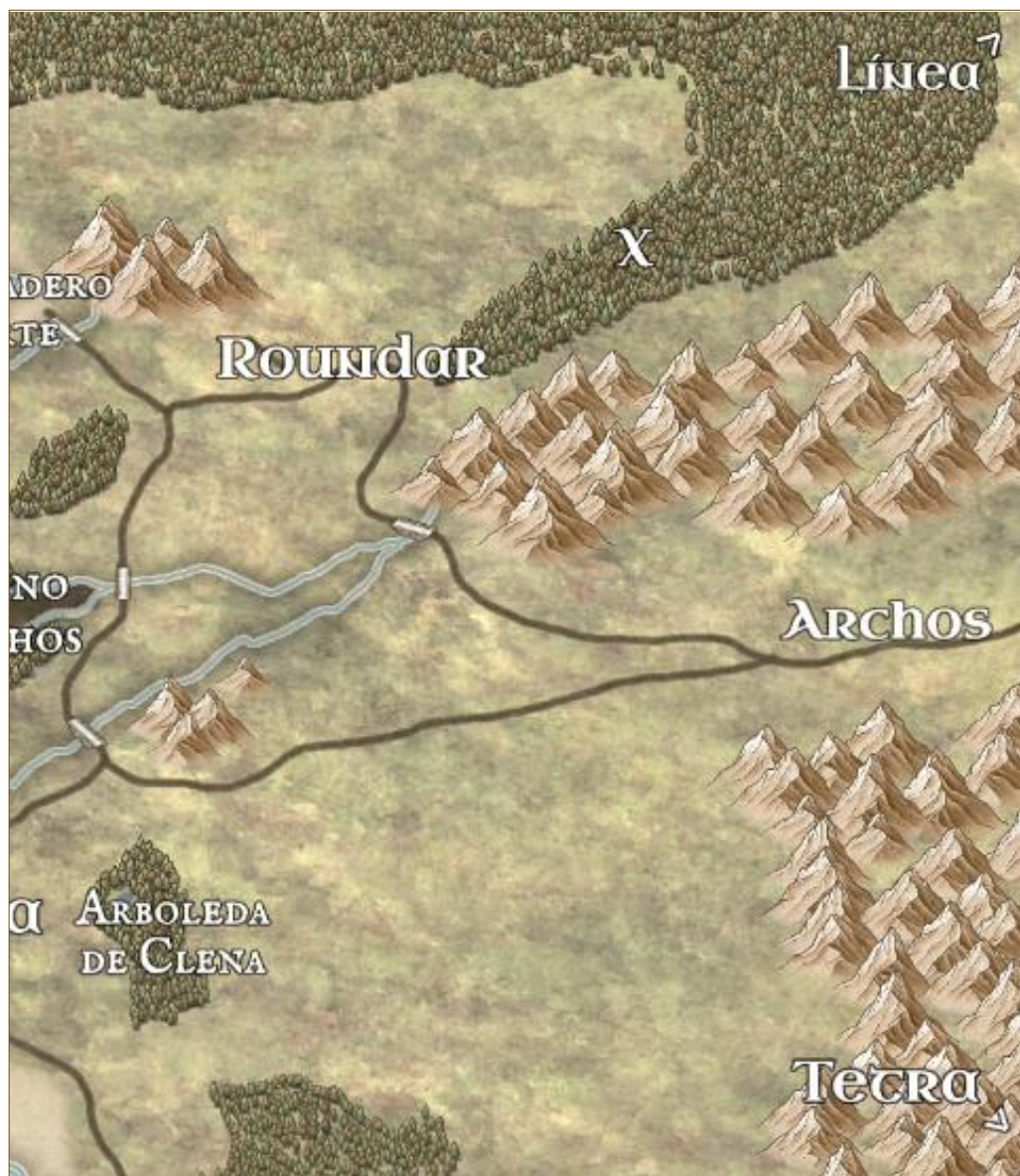


*A mi difunta abuela, Antonia, quien inspiró el mundo del Ciclo en su  
inconsciente e interminable agonía; y a mi padre, Antonio, cuya pasión por los  
relatos me motivó a escribir esta novela*

Anexo: Mapa del oeste de Archos









**- Prólogo -**  
**Intento frustrado**

El rumor de las olas hacía que pareciera que todo iba bien, y en efecto nunca habíamos estado tan cerca de nuestro objetivo. Iris clavó su mirada en el somnoliento hombre que vigilaba la puerta del camarote del capitán, a pocos metros de donde nos encontrábamos. Nos habíamos colado como polizones en un par de barriles, junto al resto del cargamento de pólvora, para ser transportados a un barco en el que viajaba un mapa legendario. Llevábamos un buen rato esperando, ocultos tras el cargamento que estaba anclado a la cubierta. La luna iluminaba el concentrado rostro de mi compañera a la vez que dibujaba la sombra que podría delatarnos si la orientación del barco no fuese la apropiada. Sus ojos verdes parecían brillar como los de un depredador en mitad de la oscuridad, esperando el momento para que yo cumpliera con mi parte del plan.

—En cuanto te diga, ve hacia él, tápale la boca y... —me susurró Iris mientras dibujaba con el pulgar un corte limpio en su cuello.

El tiempo jugaba en nuestra contra mientras aguardábamos a que el cansancio de aquel hombre se pusiera a nuestro favor. Hice un repaso mental de la misión, cuyos detalles habíamos dejado bien claros en la taberna: asaltar el navío, colarnos en el camarote y dar con el mapa sin ser descubiertos. Iris me habló de él la misma tarde que Wilbur, el capitán de este pequeño barco mercante, atracó en Clena para negociar un gran cargamento de pólvora. No quisimos averiguar para qué la necesitaba tantos explosivos, pero lo que sí

sabíamos era que Wilbur custodiaba con gran celo aquel mapa, cuya existencia se remontaba a una antigua y casi olvidada expedición marina.

—Ahora, Farg —me dijo como al que le indican el comienzo de una carrera.

Me desplazé, lento, pero decidido, hacia el *bello durmiente* que esperaba con paciencia el beso de la hoja de mi daga, la cual empuñé con firmeza.

Subí el escalón que daba a la cubierta superior y, una vez me encontraba frente al guardia, casi me estropea la jugada dando una inesperada cabezada. Mi corazón iba a explotar. ¡Ahora o nunca!

Cubrí su boca con la mano a la vez que hundí el filo de mi daga en la nuez del guardia, cuyos ojos me miraban pidiendo clemencia a la vez que trataba de librarse con movimientos torpes y desesperados de su inevitable final.

—Muy bien, si hay una próxima vez, deja que yo te enseñe cómo se hace —me susurró mientras me ayudaba a dejar el cuerpo del marinero en el suelo, tratando de hacer el menor ruido posible.

Todo un éxito, actuábamos como dos criminales que parecían llevar toda una vida dedicándose a esto, y no era de extrañar, pues ambos teníamos un largo historial de aventuras a nuestras espaldas, en muchas como compañeros y en otras no tantas, como enemigos.

—La última vez que traté de hacerte esto me diste una buena —dije mientras ella rebuscaba en el bolsillo que llevaba colgado nuestra víctima.

—¡Cállate, imbécil! —farfulló Iris en voz baja.

No encontró nada útil, y tampoco quedaba tiempo para osadías, así que intentó girar la manilla de la puerta muy despacio. Estaba bien lubricada, no hacía ni el menor ruido, y parecía que la puerta no había sido cerrada con llave. Pude ver en la cara de Iris el mismo rostro de un niño cuando encuentra un caramelo. Daba la impresión de que Wilbur disfrutaba de su sueño, aunque era difícil de creer teniendo en cuenta la eficiencia del cerbero que había dejado a cargo de su seguridad. A la izquierda de la cama del capitán había una cajonera

repleta de puertecillas, a la derecha, una pequeña repisa y algunos trofeos colgados de la pared; y, justo al lado de la puerta, bañado por la luz de la luna que se colaba por la ventanilla, se encontraba nuestro ansiado mapa.

Iris se acercó y se dispuso a memorizarlo, pues no nos iba a servir de mucho robarlo. En cuanto apoyó las manos en la mesa donde se encontraba el mapa, se oyó un ligero, pero violento silbido.

—¡Ah! ¡Maldición! —gritó Iris llevándose la mano al cuello.

—¡Alto, sabandijas! —exclamó alguien que vigilaba el interior del camarote desde el rincón, oculto tras la puerta.

Iris sacó su cuchillo, pero parecían fallarle las manos y las fuerzas.

—¡Lárgate! —me gritó mientras volvía a girarse hacia el mapa.

—¡Ni hablar! —respondí.

Me volví hacia donde venía la voz para ver a un corpulento hombre, de piel oscura, que surgía de las sombras. Pasé la mano por la hoja de mi daga para imbuirle el poder del viento antes de atacar, pero un sordo disparo interrumpió mi concentración. Iris cayó abatida.

—Esto aún no ha acabado... —Se interrumpía su voz a la vez que escupía mucha sangre.

—¡Joder! —maldije.

Me dispuse a huir del camarote para saltar por la borda, aunque no llegué a dar ni tres zancadas cuando sentí el pinchazo de un dardo en la nuca. Sin duda alguna, aquella masa de músculos tenía buena puntería con la cerbatana; aun así, a pesar de saber que iba a perder las fuerzas y a ahogarme, traté de alcanzar la borda.

El eco de otro disparo resonó hasta en los confines del mar de Nebos. Cuando caí al suelo, un ardor insoportable recorrió mi pecho. Me había alcanzado por la espalda y por mi boca no paraba de brotar sangre. Quizá merecía morir así por la forma tan ruin en la que había degollado al pobre

hombre minutos antes. Me giré sobre mi espalda para mirar al cielo, nuestra misión había fracasado.

Instantes después, desperté cubierto de sudor sobre mi cama de paja, bajo el techo de mi polvorienta casa de pescador. El corazón me latía deprisa y con fuerza. Parecía que acabase de despertarme de una pesadilla, pero no era así.

- I -

## Sabe más el viejo por diablo

Me levanté para beber un poco de agua, necesitaba calmarme. Mi mente se estaba ahogando entre miles de imágenes y sensaciones. Una vida tan larga es difícil de recordar mirando unos simples segundos al pasado, pues lo que parece un minuto, ya suma más de doscientos noventa y ocho años.

¿Por dónde empiezo? Veamos... no es esta la primera vez que me matan, de hecho, lo han hecho tantas veces que ya he perdido la cuenta. ¿Pueden ser unas doscientas veces? Es complicado saberlo con exactitud.

Hubo un antiquísimo dicho popular que dejó de tener sentido, decía algo como: «Sabe más el diablo por viejo que por diablo» Recordemos y viajemos al pasado.

«Mi padre, Loin, era un famoso pescador de Clena. Empezó con su oficio siendo bastante joven, y al poco tiempo se enamoró de Friya, la hija del propietario de la mayor granja de Archos, la ciudad más cercana y capital de la región. Como supondrán, Friya era mi madre, que falleció cuando yo tenía nueve años de una letal enfermedad conocida como la Gripe de Arch, cuyo nombre se debía a la propia ciudad de Archos, donde tuvo lugar la mayor epidemia. Se trataba de una enfermedad contagiosa, pero que solo llegaban a contraer alrededor de una de cada doscientas personas; no obstante, si acababas padeciéndola, más te valía ir despidiéndote de todos como mejor supieses.

Tras la muerte de mi madre, mi padre perdió a casi todos sus clientes. Nadie

se compadeció, pues se trataba del gran Loin, la principal competencia pesquera de Clena, y por muy buenos amigos que pareciese tener, siempre alguno trató de sabotear sus barriles. A pesar de su desdichado fracaso en el mundo de la pesca, había amasado una buena fortuna con la que nos aseguraríamos varias décadas, de modo que pasó el resto del tiempo que permaneció a mi lado enseñándome todo cuanto sabía sobre pesca, navegación, negocios, historia, supervivencia, lucha y mi gran pasión: las artes antiguas.

Pocos días después de cumplir diecisiete años, tuve una gran discusión con mi padre. Él quería marcharse sin dar demasiadas explicaciones. Decía que sentía haber desperdiciado toda su vida en Clena y en el mar, y que así no conseguiría que mi madre, dondequiera que estuviese, se enorgulleciese de él, de modo que se propuso viajar por todo el mundo para reencontrarse consigo mismo.

La mañana en que se marchó, lo hizo sin despedirse siquiera. Había dejado todo el dinero que quedaba en un pequeño cofre, lo que pasaría a ser mi sustento por aquel entonces, y una nota en la que rezaba: «La vida es demasiado corta, espero que sepas perdonarme». No sé quién fue más ingenuo, si él o yo.

Unos golpes secos en la puerta interrumpieron mis recuerdos. Era de madrugada y acababa de morir hacía escasos minutos, así que no me apetecía nada volver a hacerlo, por lo que me apresuré para salir sin hacer ruido por la puerta trasera que daba a mi marchitado jardín. Subí al manzano con mucho cuidado para evitar ser descubierto y me oculté entre las ramas. Al cabo de unos minutos oí la voz de Iris dentro de casa, con un tono bastante afligido.

—Farg, ¿estás en casa?

No quería responder, la última vez que se presentó a estas horas me apuñaló por fallar en otra de nuestras aventuras.



—Bueno, me marchó —dijo de forma tajante.

Dio un portazo tan fuerte que hizo retumbar hasta la última de las vigas de aquella ruinoso casa de pescador, la que antaño fuera una de las más ricas de Clena.

—¡Ajajá! —Volvió a entrar en casa, como si pretendiera sorprenderme saliendo de cuál fuese mi refugio.

—No insistas —susurré para mis adentros.

Iris volvió a marcharse, pero esta vez se fue corriendo carretera abajo, dirigiéndose hacia una de las salidas del pueblo que era visible desde mi jardín. Desconocía sus intenciones, y aunque confiaba lo suficiente en ella, en ocasiones le daban algunos arrebatos de frustración, y qué mejor manera de desahogarse que dándome una paliza. En fin, opté por agarrar una manzana y seguir rememorando en paz.

Cuando mi padre se marchó, intenté dar con su paradero en las ciudades y pueblos vecinos, sin mucho éxito. Pasé varios meses de aquella época bajo el amparo de Gerti la Taberna, una amiga de la familia cuya hija era mi mejor amiga de la infancia. Pero la preocupación por mi padre fue decreciendo, hasta ser sustituida por una idea que llevaba bastante tiempo macerando: emplear mi herencia para estudiar artes antiguas en la mayor academia del continente, y también la más lejana, en Cénit.

En mis idas y venidas entre la academia y Clena, llegué a recibir algunas cartas de mi padre. En ellas relataba algunas de sus experiencias en las ciudades por las que iba pasando. Hacía mucho hincapié en que el conocimiento eterno era una utopía, algo que jamás podríamos experimentar, pues nunca podríamos vivir una vida entera en cada uno de los rincones del mundo. Ser un erudito errante parecía su vocación. Tal vez, lanzar y tirar del sedal se había convertido en un tedio insípido y ahora se encontraba degustando la ambrosía de sus

sueños. Me alegraba por él al mismo tiempo que le odiaba por abandonarme.

Su última carta la recibí un día bastante señalado, ¡cómo olvidarlo! A cambio de una pequeña suma, el mensajero acató su orden de entregarla el mismo día de mi veintitresavo cumpleaños. En ella repetía lo mismo varias veces, decía que andaba metido en algo que cambiaría el mundo para siempre, y que muy pronto regresaría para compartir conmigo un importante logro. «La vida es demasiado corta, espero que sepas perdonarme», volvió a usar aquella frase para despedir el último escrito de su puño y letra.

Me convertí en un gran mago de aire gracias a los cinco años que invertí en Cénit, pero el precio fue demasiado elevado. Durante ese tiempo, había descuidado las que quizá fueran mis mayores posesiones: mis amistades, mi casa, los cultivos y la fortuna de mi padre, que había llegado a su fin. Todo por mi obsesión con la magia, que es como la mayoría solía referirse a las artes antiguas.

La esperanza de volver a ver a mi padre quedó truncada según fueron pasando los meses. Cuando di a mi padre por muerto, caí en un laberinto sin salida que me llevó hasta la pobreza. El tiempo terminó por hacer mella en mi aspecto, pues mi rostro quedó envuelto por una manta de pelo y barbas. Me convertí en un extraño ante los ojos de los demás, que giraban la cabeza cuando acudía a ellos en busca de ayuda. Ni siquiera mi amiga de la infancia fue capaz de reconocermé las veces que me veía por la calle.

En cuanto a la vieja y próspera casa de Loin el Pescador, se había convertido en algo más parecido a una choza en ruinas que rechinaba con el viento, como si emitiera por mí los llantos que yo era incapaz de expresar. Me había convertido en Farg el Mendigo, el extraño que habitaba en la casa embrujada del manzano.

Viví una larga temporada en aquella espiral, consumiendo todo cuanto había en los barriles de sal y la despensa, hasta que asumí que ya no me quedaban ni las ganas de vivir. Sin embargo, el manzano de mi jardín se empeñaba en

mantener mis esperanzas a flote, mostrándose imponente y lozano. Se trataba de una exquisita variedad muy típica de las granjas de Archos, un tipo de manzano muy especial, ya que daba frutos en primavera. Mi madre lo plantó como recuerdo de su tierra natal cuando vino a vivir con mi padre, decía que le hacía sentir «en casa».

Una mañana salí al jardín para desayunar una manzana. Mientras comía, observaba a los pájaros cantar, a la gente ignorar mi presencia y a las moscas terminarse algunos tomates podridos que quedaban en la tomatera.

Un día lo tienes todo: un mundo por descubrir y una larga vida por delante; y otro día te despiertas sin tener nada. El mundo te resulta monótono y tu vida se pudre como aquellos tomates. No pasarían muchos días hasta que las moscas se diesen cuenta de que aquel mendigo había muerto.

Lancé lo que quedaba de la manzana hacia la tomatera y las moscas revolotearon mostrando energía y viveza. Unas simples moscas con su corta vida que sabían luchar por ella mejor de lo que yo había sabido hacerlo en siete años. Mi padre tenía razón, la vida era demasiado corta, quizá debería agarrar aquellas moscas y comérmelas para sobrevivir antes de que fuese demasiado tarde, o quizá ya me había resignado y mi manera de ver las cosas era diferente. Sentí como si hubiese vivido todo un siglo y mis ilusiones se desvanecían con cada minuto que pasaba.

Algunos días me despertaba con el propósito de acabar con mi propia vida y dejar de rememorar sobre cómo había llegado hasta aquel deshonroso punto, pero era tan cobarde que dejaba que fuera el tiempo quien dictase mi destino.

Volví al mundo real, en el que me encontraba oculto en lo alto del árbol mientras me acababa mi manzana y daba las gracias a la suerte por devolverme la vida tantas veces. Esta vez no tiré el resto de la manzana, sino que me comí hasta el mismísimo cabo. Parecía casualidad que mi madre plantase este árbol

y que yo decidiese hacer mis necesidades tan cerca de él. Hubo un tiempo en el que habría deseado cortar el manzano para poder morir de hambre, pero ahora le daba las gracias por cuidar de mí.

Bajé del árbol y me metí de nuevo en casa, casi estaba amaneciendo y tenía pinta de que Iris no iba a regresar. Me asomé de manera irónica a mi despensa, alcancé los dos únicos tomates podridos que había allí y los lancé por la ventana, cerca de la misma tomatera de la historia que acababa de recordar. ¡Espera! Yo «ayer» no estaba comiéndome ninguna manzana mientras observaba a las moscas, de eso hace ya doscientos noventa y ocho años.

—En fin —suspiré y me dejé caer en mi cama para terminar de recordar mi historia.

Había tocado fondo, tan solo esperaba a que la naturaleza hiciera su trabajo y mandara a la muerte a por mí. Un día desperté algo más reflexivo que de costumbre. A pesar de desear no volver a abrir los ojos por las mañanas, me dirigí hacia mi despensa y metí el brazo, sin mirar siquiera, en busca de algo que llevarme a la boca. Me topé con dos tomates podridos, un manjar tentador con el que podría intoxicarme, sin embargo, consideré que había formas más elegantes de morir y los lancé por la ventana, contra el manzano. Maldije a mi suerte, a mi padre y a las artes antiguas. Estaba enfadado conmigo mismo, y lo pagué con el pobre árbol de mi madre. A veces nos desquitamos con la persona o cosa que no debemos, ¿por miedo, comodidad, o por instinto?

A la mañana siguiente me despertó el crujido de las vigas del techo, mi despertador natural, que se esforzaban más que yo por mantenerse en pie. Tarde o temprano, el tejado acabaría cediendo después de tanto quejarse por recibir los rayos del sol, de esta forma, terminaría con mi absurda existencia.

El instinto me hizo regresar a la despensa en busca de algo para comer, pero tan solo encontré dos tomates podridos. Tal y como hice el día anterior, los

lancé por la ventana y volvieron a chocar contra el árbol, lo que me hizo reparar en sus frutos.

Salí afuera y agarré una manzana para disfrutar del dulce sabor que mi orina había proporcionado a aquella fresca y saludable fruta. Tras una breve conversación conmigo mismo, tan típica de locos, me senté en la valla para observar los quehaceres rutinarios de la gente, que correteaba de un lado a otro, ignorándome como si fuera un fantasma de la casa embrujada. Y así, pasé un día vacío más, con el estómago también vacío, en mi vacía existencia.

Mi vida parecía negarse a darse por perdida, de modo que desperté un día más a causa de alguien que aporreaba la puerta. Me levanté de la cama, algo extrañado, y cuando estuve a punto de abrir la puerta me detuve para intentar averiguar de quién se trataba. Cuando fui a asomarme por la ventana, la persona que había llamado se dio media vuelta y se marchó. Una joven de ondulada melena marrón que hacía juego con su corpiño de cuero, se dirigía calle abajo. Se trataba de Gerti la Original, mi amiga de la infancia e hija de Gerti la Tabernera. Su sobrenombre era debido a que nadie en Clena había dado a un hijo el mismo nombre de alguno de los padres; y no solo eso, sino que además fue educada para llevar el negocio familiar, con la diferencia de que lo hacía mejor y con mucho más arte que Gerti la Tabernera, de modo que el apodo «la Original» le venía de perlas.

Ignoraba qué podía querer ella de mí, además, todavía era temprano y no había un alma en la calle. Aprovechando que estaba despierto, decidí que era hora de buscarme la vida en la despensa: dos tomates podridos que terminaron de la misma forma que los tomates de los días anteriores. «Un *déjà vu*», me dije a mí mismo tras mi cándido lanzamiento de tomates.

Recuerdo pasé aquel día absorto, pensando en mi amiga, en todo lo que habíamos sido y en cómo acabamos distanciándonos. No se me ocurría ninguna razón para que deseara hacerme una visita tan temprano, llevaba años sin querer saber nada de mí.

Ni me sorprendí de despertarme una mañana más, aunque sí lo hice extrañado por el bullicio que había en la calle. La gente corría desesperada, como si algo hubiera pasado en el pueblo. Salí al jardín y me detuve a observar a las personas corretear como si fueran hormigas sin rumbo. Algunos se dignaron a devolverme alguna que otra mirada, pero, del mismo modo que nunca tenían una moneda para mí, tampoco les quedaban modales para compartir un simple «buenos días» con un mendigo.

Regresé al interior de mi casa y volví a buscar algo para comer. Ni frutas, ni migas de pan, tan solo dos tomates podridos. Me asusté tanto que me caí de culo contra el suelo. ¡Los mismos tomates que había estado lanzando por la ventana volvían a estar allí! Salí corriendo hacia el jardín, sin detenerme, con la sensación de que mi casa estaba embrujada de verdad. Me dirigí al manzano y comprobé que, en efecto, no había ningún tomate en el suelo. El tronco lucía impecable, como siempre.

Creí que por fin lo había logrado, y que la visita de Gerti no era sino la de un ángel que me daba la bienvenida al reino de los muertos. Regresé a casa y me acicalé, devolviendo mi aspecto al de un Farg renovado e ilusionado por la nueva etapa que, valga la ironía, estaba a punto de vivir.

Salí en busca de mi ángel para darle las gracias, pero en cuanto llegué a la taberna, me encontré con una marabunta de gente discutiendo sobre un tema común: el «*déjà vu*». Sin embargo, allí se encontraba ella, regalándome una mirada como hacía años que no hacía. La conversación que tuvimos fue caótica, aunque poco a poco fuimos poniendo nombre propio a nuestras ideas. Ella no esperaba volver a verme, me había dado por muerto, pero ante la extrañeza del fenómeno que se había convertido en la comidilla del pueblo, acudió a mí por mis conocimientos de las artes antiguas, en busca de respuestas.

No, aquel día no morí, y tampoco pude responder a las preguntas de Gerti y de la gente. ¿Por qué si escribían un libro volvía a estar en blanco al día siguiente? ¿Por qué razón, aunque llenara mi bolsillo de monedas, volvía a estar vacío por la mañana? ¿Por qué la despensa volvía a llenarse por sí misma,

aunque te dieras el mayor atracón de tu vida? Daba igual si morías desfallecido, apuñalado o ahogado, al día siguiente, a la misma hora, volverías a aparecer en el mismo lugar. Mi cama se convirtió en el comienzo de mi amarga rutina. Estaba condenado a vivir la misma desdicha para siempre. El concepto de «ayer» había dejado de tener sentido si contábamos con que habíamos revivido este día durante doscientos noventa y ocho años; pues las mismas nubes viajarían por el cielo, la misma mugre cubriría mi rostro y los mismos tomates podridos me saludarían todos los días desde mi despena. ¿Pero cómo nos referimos al pasado si el tiempo ha dejado de fluir? El libre albedrío nos salva, y por alguna razón seguimos recordando lo que hacemos cada día.

Lo que ocurrió ayer en el barco de Wilbur, hacía algunas horas, había sido tan real como la manzana que me comí, también ayer, mientras veía a las moscas revolotear, hace casi trescientos años. Ambas Gerti siguen regentando la taberna, y aunque mucha gente ha dejado sus oficios, muchos otros lo han retomado al no encontrar una salida en el círculo del tiempo en el que estamos atrapados.

El rey de Archos, al igual que los gobernadores del resto de ciudades y pueblos cercanos, llegaron a las mismas conclusiones al decretar: «Por la presente comunicación, insto a todos los habitantes del mundo a prestar su colaboración mientras se resuelve este enigma, su contribución será vital para preservar la sociedad que hemos construido a lo largo de los siglos. Debemos continuar en nuestras actividades cotidianas, disfrutando de la vida lo mejor que podamos, hasta que podamos salir del Ciclo y recuperar la normalidad en nuestras vidas». Fue en ese momento cuando se acuñó un término para referirnos al extraño fenómeno al que nos enfrentábamos: «el Ciclo». Cualquier hombre con buena memoria acabaría sirviendo a la realeza, pues el trabajo de los hasta entonces escribanos carecía de utilidad. Ahora tan solo servían para intercambiar información con los mensajeros de las poblaciones colindantes y

conservar la cultura de nuestro mundo. Nuestra memoria es lo único que evita que tropecemos en la misma piedra a diario porque, en efecto, esa piedra no podrá cambiar de sitio para que tropieces con ella de nuevo. Nada podrá privarnos de nuestros recuerdos centenarios, así que lo único que podíamos hacer era sobrevivir, sirviendo a nuestros vecinos, al igual que ellos harían con nosotros, la moneda de cambio: el conocimiento.

¿Quién habría dudado de aquel dicho tan popular? Aunque en realidad, quedaba mejor: «sabe más el viejo por diablo, que por viejo». Daba igual cuánto hubieses vivido, pues había personas que aparentaban tener nueve años y eran tan sabias como los que llevaban en este mundo trescientos treinta, así que había una evidencia bastante clara: solo un verdadero diablo te superaría en conocimiento. La buena memoria se había convertido en un don diabólico, el castigo por el cual padecíamos esta condena todos los días.

Qué ironía la de mi amiga al pensar que las artes antiguas tenían la culpa y la respuesta para todos sus males. ¡A saber qué me deparará el mañana!



- II -

**La coartada**

Han pasado «dos días» desde el asalto al navío de Wilbur. Quizá nuestra incursión termine reducida a una simple anécdota, una de las tantas gamberradas que nos atribuyen a mí y a Iris. Hemos vivido cientos de aventuras, cada cual más peligrosa, sin embargo, la sensación que tenía sobre lo que pasó en el barco era que se trataba de algo más serio. Cuando digo que habían transcurrido «dos días», es porque el término de «anteayer» pasó a usarse para referirnos al día anterior al Ciclo.

Hacía unos minutos que me había despertado, y era extraño que Iris no hubiera vuelto a pasarse por aquí. Quizá estaba a punto de comenzar una de esas largas temporadas en las que no le apetecía volver a verme, pero por experiencia me atrevería a asegurar que sería cuestión de tiempo verla aparecer de nuevo por aquí; al fin y al cabo, de tiempo andaba el mundo sobrado.

La vibración de una sucesión de golpes en la puerta se sintió hasta en la madera del suelo. No tenía ni que preguntarme quién sería, después de tantos años, se había vuelto predecible.

—Ábreme la puerta, soy Iris —dijo su voz, en un tono sereno, algo sospechoso como para ser su primera frase del día.

Me dirigí hasta la puerta de manera mecánica, pero al abrirla y mirar a ambos lados de la carretera, no vi a nadie en las cercanías.

—Estoy tratando de ser amable y paciente, así que date prisa —exclamó de nuevo su voz, que daba la impresión de venir de la puerta del jardín.

Cerré la puerta de la entrada y me dirigí hasta la puerta trasera. Que conste

que sigo manteniendo lo dicho sobre lo difícil que se había vuelto el factor sorpresa con ella. La puerta se abrió de golpe, haciéndome caer de espaldas.

—Hay quien pagaría una fortuna en sabiduría antigua por vuestros purgatorios. ¿Lo sabéis? —exclamó una voz ronca.

Se trataba de un hombre de avanzada edad vestido con una túnica marrón. Se le veía delgado, y su cara estaba cubierta con una corta barba grisácea. A pesar de su débil aspecto, cargaba a Iris en su hombro con mucha facilidad, atada de pies y manos.

—¿Quién eres? —pregunté tras incorporarme al instante y adoptar una postura defensiva.

—Me he encontrado a esta rata por el camino —explicaba el viejo mientras se adentraba en mi casa—. Casualmente, ayer la vi colarse en esta pocilga y supe que aquí la echaría en falta su perrito fiel, Farg el Mendigo.

—¿Se supone que debo saber quién eres? —respondí—. ¿Por qué la traes atada?

—Yo no necesito presentación —continuó el misterioso anciano tras cerrar la puerta—, pero te aseguro que nada me gustaría menos que hacer que Clena volase hoy por los aires. Y lo haré si no colaboráis.

¿Un viejo? ¿Volar por los aires? Acababa de darme las primeras pistas sobre su identidad. Quizá se tratase de un mago afín al elemento del fuego, lo que en ocasiones confería una aptitud física fuera de lo habitual. Mal para mí, pues su elemento podía hacer que algunas de mis artes antiguas se volvieran en mi contra.

—Sé lo que estás pensando, mendigo, pero vamos a hacer un trato —dijo mientras dejaba caer a Iris sobre el suelo de mi mugrienta casa.

El anciano se remangó la túnica, dejando ver un extraño brazalete con rubíes en cada muñeca, los cuales desprendían un brillo cautivador. Desde el suelo, Iris trató de decir algo:

—No creas nada de lo que...

—Mantén la boca cerrada, rata. —Iris se calló en cuanto el viejo puso un pie sobre su cabeza—. Joven mendigo, nuestro socio nos había avisado de que tramaríais algo bastante osado.

—¿De qué me estás hablando? —respondí al ver cómo había conseguido reducir a mi irascible compañera.

—Mira, no sé en cuántos líos os habréis metido ya, pero os aseguro que el motivo por el que estoy aquí es uno muy delicado —dijo—. Tengo un par de compañeros que estarían encantados de haceros una visita a ambos cada día si no me contáis lo que necesito oír.

Tenía la sensación de que Wilbur nos había calado cuando coincidimos con él en la taberna. ¿Y si por esa razón nos lo puso tan fácil en su barco?

—Pues mira qué bien, diles a tus amigos que vengan todos los días, imbécil —farfulló Iris desde el suelo.

Si había algo que no se le diese bien a Iris, era mantener la boca cerrada en momentos clave como este, así que el viejo le propinó una patada en la boca con tanta fuerza que pude ver cómo caían algunos de sus dientes al suelo. Iris dio un fuerte grito a la vez que escupía sangre.

Estábamos acostumbrados al dolor, no era algo nuevo para nosotros; pero verla en el suelo, indefensa, me hacía sentir muy impotente.

—Te envía Wilbur, ¿verdad? —pregunté al viejo.

—No eres tú quien está en posición de hacer preguntas, así que ve preparándote para confesar.

El viejo me lanzó dos anillas metálicas que se fundieron y abrieron antes de llegar a mis muñecas a gran velocidad. Las masas de hierro fundido volvieron a cerrarse y regresaron a su estado sólido, atrapando mis brazos y dejándolos anclados en la pared que había a mis espaldas. Aquellas dos anillas ardían como si acabaran salir de una fragua. Apreté los dientes y mi vientre, como si con ello

podiera evitar sentir cómo la piel de mis muñecas se abrasaba.

—Quema, ¿verdad? Pues te quemará aún más si no te das prisa en responder —decía mientras encendía con la punta de su dedo una pipa de fumar—. Si lo necesitas, esta rata te animará cuando te falle la motivación.

Una de las botas del viejo se tornó incandescente, así que más le valía a Iris ir preparándose, porque lo mío no iba a quemar ni doler tanto en comparación.

—¿Piensas que nos asustan tus amenazas? Tienes suerte de que me hayáis... —Iris fue interrumpida por un ardiente zapatazo en la cabeza.

—¡Para! —grité impotente—. Detente por favor.

—Bueno, bueno, se ha desmayado. Creo que me he pasado un poco, ¿no? ¿Tú qué dices? —me preguntó el viejo—. Vas a cantar, ¿verdad? Confíesame todo aquello de lo que no os sintáis orgullosos y no habrá ningún malentendido.

A decir verdad, Iris era la única que había visto el mapa, pero se encontraba fuera de combate con la cara irreconocible. Si nos matasen a ambos ahora, mañana tendríamos la oportunidad de huir y trazar un plan para deshacernos de esta peligrosa situación.

—Está bien, me rindo —dije mirando hacia el suelo.

—Adelante, soy todo oídos —respondió al mismo tiempo que daba una calada a su pipa.

—Hace un par de noches nos colamos en el barco de Wilbur para hacerle algunas preguntas —confesé.

—¡Ajá! —asintió el anciano.

—Habíamos coincidido con él en la taberna del pueblo unos días antes, nos enteramos de lo de la pólvora y quisimos averiguar qué tramaba hacer con ella —le conté mientras forcejeaba, intentando arrancar aquellas anillas de la pared donde me tenían apresado—; así que, por favor, ve apagando estos trastos porque queman muchísimo.

—¿Que los apague? Ahora tengo más curiosidad que nunca por saber cómo acaba tu historia —dijo el viejo con una sonrisa malévol.

El viejo no me hizo caso alguno y, en lugar de enfriar los aros, los calentó aún más.

—¡Para, por favor! —grité mientras mis muñecas se abrasaban—. ¡Ya te he dicho lo que querías saber!

—No, aún debe de haber más —me respondió—. Para hacer unas simples preguntas no asaltáis un barco casi a medianoche y matáis a un centinela. ¿No recuerdas haber visto...? Déjame pensar... ¿Un mapa un tanto peculiar?

—¿Un mapa? Si así fuera lo recordaría, pero no vi nada parecido, nos sorprendieron nada más entrar en el camarote y no tuvimos ni siquiera la ocasión de huir.

No supe qué partes de mi historia se creyó y cuáles no. A mí no se me daban tan bien los secretos como a Iris, que por suerte no estaba en plenas facultades para poder hablar.

—Bien, así que no viste el mapa —dijo—. Voy a hacer esto más interesante, pero si no deseas sudar sangre el resto del día, más te vale tener la boca cerrada desde este mismo instante.

El viejo miró hacia Iris y le propinó tal pisotón en la espalda que la hizo volver en sí entre gritos, como si estuviese poseída por el dolor.

—Tu amigo ha cantado, rata —dijo el viejo con un tono de decepción.

Iris seguía chillando, toda la casa retumbaba con sus gritos. A pesar del ruidoso espectáculo, nadie en el pueblo pareció haberse alarmado aún, de modo que la tortura del viejo estaba saliendo a las mil maravillas.

—Farg, ¿qué has hecho? —balbuceó Iris, mareada y con el ceño fruncido.

—Joven mendigo, ahora le toca a la rata, así que mantén la boca cerrada —me amenazó el viejo señalándome con su pipa.

No quería que fuésemos torturados durante todo el día, así que acaté el

deseo del viejo y no dije ni una palabra más. Observé cómo Iris me maldecía con la mirada, pero solo me quedaba mantener la esperanza de que confiase en mí una vez más, pues yo jamás la traicionaría.

—¿Has creído la historia de este cretino? —Iris escupió, como si mostrase algún tipo de desprecio hacia mí—. No es más que un vulgar limosnero, si dice algo es nada más que para salvar el pellejo.

—Ah, ¿sí? —El viejo me observaba mientras ella hablaba—. Es una versión muy diferente a la historia de tu amigo... Continúa, rata.

Los aros empezaron a quemar aún más, parecía como si quisiera torturarme para sonsacar a Iris.

—Por favor —rogué.

—Ni una palabra, aún no he terminado con ella —dijo mientras me señalaba, aunque sin mirarme.

El viejo siguió interrogando a Iris.

—¿Tiene algo más que decir la rata? —insistió.

—Sí, claro —respondió ella con un tono de voz cansado—. ¿No te ha mencionado nada sobre Baluf?

No me sorprendí en absoluto de semejante mentira, pero creo que su intención era hacerme reaccionar, por lo que teníamos dos opciones: cavar nuestra propia tumba o desear estar más compenetrados que de costumbre.

—¡No te lo consentiré! —grité, desafiando al viejo con la mirada, tratando de que diese crédito a la calumnia de Iris.

Apreté los puños y el aire empezó a acumularse frente a mí, formando una esfera de polvo.

—No me dejas elección, joven —me respondió antes de ser interrumpido por una bofetada de aire que lo empujó contra la puerta.

—Maldito viejo, yo mismo haré volar Clena por los aires —grité furioso.

Muchos en el pueblo conocían mi don con el aire, por lo que si algo salía mal, sospecharían de mí en primer lugar; pero a pesar de ser consciente de ello, no me quedó otra opción que persistir e intentar generar un tornado alrededor de la casa. Volví a apretar mis puños con fuerza, concentrándome en atraer hacia nosotros la mayor cantidad de aire posible.

—¡Acabas de firmar tu purgatorio, mendigo! —me maldijo el anciano.

El viejo provocó que los aros de mis muñecas se pusiesen al rojo vivo, y cuanto más gritaba por el dolor, más fuerza les daba a las corrientes de viento que concentré alrededor de mi casa. En el exterior, el aire aullaba con violencia a la vez que traía consigo polvo, tierra y demás objetos que eran arrastrados por la fuerza del viento, algunos de los cuales, se colaban por los huecos de la puerta.

—¡Sí! ¡El purgatorio, viejo! —le grité impulsado por el desesperante ardor.

Pudimos oír cómo se sumaban al feroz ruido del viento los gritos de algunas personas que se encontraban fuera. Si todo salía bien, conseguiría hacer volar la casa por los aires para, con un poco de suerte, despertar al día siguiente.

—¡Si lo que quieres, mendigo, es quitarte la vida, yo mismo...! —exclamó el anciano tratando de mantener la posición con firmeza—. ¡Yo mismo...! ¡Uooooa!

El tornado arrancó el tejado y el viejo salió volando por los aires. Iris consiguió aferrarse a los tablones del suelo para evitar ser arrastrada hacia una muerte vertiginosa, pero inevitable.

—¡Eres un fenómeno! —Iris se reía a carcajadas, con la boca mellada y llena de sangre.

Cuando parecía que habíamos salido victoriosos, el tornado se inflamó por completo, convirtiéndose en un gigantesco e inestable torbellino de fuego que rugía feroz a la vez que consumía la casa por segundos.

—¡Detenlo! ¡Páralo! —gritó Iris con cara de terror.

Y eso hice, detuve el tornado; pero a los pocos segundos, una enorme explosión iluminó el cielo. El aire quemaba como si nos encontráramos en una enorme fragua. Al mismo tiempo, los ardientes trozos de madera y escombros empezaban a caer del cielo como una lluvia de pequeños meteoritos.

Desperté, pero no se trataba de un nuevo día, sino de alguien que trataba de desenterrarme de entre los escombros.

—Aquí estás —dijo una voz que me resultaba familiar—, empezaba a creer que no te vería vivo.

Apenas me quedaban fuerzas, mi cuerpo estaba quemado casi en su totalidad y me costaba mucho respirar. Aunque casi no podía ver, poco a poco comencé a distinguir los inequívocos rasgos de Wilbur: su espesa barba grisácea y aquel peculiar sombrero marrón.

—Esto solo ha sido un aviso, Farg el Mendigo, pero si insistes, no tendré reparos en organizarte otra visita —dijo mientras cargaba su pistola.

Apenas pude emitir un balbuceo debido a mi lamentable estado.

—Pareces poderoso. Eres capaz de reducir Clena a cenizas y, aun así, ¿estás interesado en mi mapa? —se cuestionó Wilbur—. Estaremos observándote a ti y a tu querida rata.

Wilbur me lanzó la cabeza desfigurada de Iris.

—Os dejaré solos, supongo que tendréis muchas cosas que contaros —dijo.

Wilbur me disparó con su pistola, pero no era una bala, sino cientos de perdigones de sal que penetraron de manera salvaje en mi cuerpo, haciendo que me retorciese de dolor y escozor. Para mi gusto, mi agonía se estaba alargando demasiado.

—Te quedan varias horas, mendigo, así que más te vale ir pensando en algo entretenido, porque vas a necesitar tener la mente ocupada.



Wilbur se marchó caminando muy despacio, pero no podía ver nada con claridad, salvo la cabeza de Iris. Cerré los ojos, tratando de imaginar qué nos esperaba mañana, hasta que me desvanecí.

No sé si morí o no, pero desperté en mi cama con los gritos de la guardia de Clena dentro de mi casa.

—Farg, quedas bajo vigilancia por lo ocurrido ayer —dijo uno de ellos antes de que me diese cuenta de lo que pasaba a mi alrededor.

¿Acaso podía sorprenderme? El día anterior había arrasado todo el pueblo y atentado contra los principios y acuerdos que garantizaban la paz del Ciclo. Era cierto que mis vecinos habían regresado a la vida, pero había comprometido la armonía que nos unía desde hacía casi trescientos años.

Otro guardia me apresó, colocando en mis muñecas unos grilletes para inmovilizarme. Estas cuatro paredes me habían cogido cariño.

—No intentes nada raro, por favor —dijo uno de los guardias con un tono tembloroso y mirada de terror—. Si haces algo sospechoso no dudaré en acabar contigo todos los días.

Fantástico, ayer era preso del misterioso viejo chiflado y hoy de los guardias de mi propio pueblo. Mi racha de fracasos comenzó en el momento en que decidimos abordar aquel dichoso barco. A pesar de las circunstancias, traté de mantener la calma.

—El verdadero peligro no soy yo —les dije—. Ayer, un poderoso mago del fuego me torturó hasta casi la muerte. Quizá no debí hacerlo, pero la situación se descontroló cuando traté de defenderme.

Algunos gritos que se oían fuera impedían que pudiera expresarme con claridad. Imaginaba que el pueblo estaría furioso conmigo.

—¡Déjenme pasar! —exclamó una conocida voz femenina en el exterior.

Era Gerti la Original, y parecía estar bastante enojada cuando logró burlar a la guardia y colarse en mi casa.

—No puedes... —El guardia fue interrumpido por el estruendo de la bofetada que me propinó mi amiga.

—¿Cómo has sido capaz? ¡Maldito seas! —me gritó.

Aquella bofetada me había dolido más que cualquiera de los golpes que había estado recibiendo días atrás. Yo jamás haría daño a la gente de mi pueblo natal, y mucho menos a Gerti. ¿Pero cómo podía defenderme de aquellas acusaciones cuando en realidad fui yo mismo quien provocó aquella situación? Mi coartada era mi propia acusación. Mientras los guardias esperaban a que llegase algún juez, Iris no daba señales de vida, aunque tampoco me alarmaba en exceso porque, aunque yo estuviera siendo interrogado y vigilado por la guardia de Clena, ella despertaría sola y lejos de estos problemas. No obstante, por mucho que confiara en su habilidad para mantenerse bien escondida, no pude evitar preocuparme por si la volvían a interceptar. Fuera como fuera, traté de serenarme pensando que lo más inteligente por su parte sería buscar un refugio y no acercarse a mi casa.

—Gerti, tienes que creerme, lo de ayer fue provocado por un viejo loco que trató de matarme —le supliqué—. Intenté hacer volar mi casa para librarme de él, pero la situación se me fue de las manos.

—Lo siento, ojalá pudiera creerte, pero no es la primera vez que pierdes el control de tus poderes —respondió.

¿Qué podía decir? Tenía razón. Mentiría si dijera que en casi trescientos años no he tenido algún que otro traspie con la magia. Aunque era inocente, mi historial hablaba fatal de mí. A Gerti no le gustaban nada las artes antiguas, siempre consideró que fue lo que destruyó nuestra amistad en el pasado lejano, y no solo porque me marché de su lado cuando fui a estudiar a Cénit, sino porque también supuso mi ruina, por no mencionar cierto accidente el día de su cumpleaños.

—Señorita, tiene que marcharse, acompáñeme —dijo uno de los guardias mientras arrastraba a Gerti hacia el exterior.

—El juez no tardará en llegar —me dijo el otro guardia.

—¿Sabes? Una vez quise sorprender a mi amiga con un truco de magia, el día de su cumpleaños —empecé a relatar—. Le pedí que alzara una jarra de cerveza para convertir el líquido en un ramo de flores de hielo, pero vuestro querido Trevor me fastidió el espectáculo y provoqué una lluvia de cerveza caliente sobre todos los invitados.

—¿Y a mí qué me cuentas? Será mejor que guardes silencio.

—Trato de decirte que fue un accidente, igual que lo de ayer.

—Pues te luciste con el truco de ayer.

Daba igual cuanto dijera, era inútil, jamás me creerían. Si no lo hizo Gerti las veces que traté de disculparme por arruinar su fiesta, menos lo iba a hacer un agente de la ley por destruir su tierra. Cuando nos vimos por primera vez desde lo del «dèjà vu», justo el día que fui corriendo a su taberna hace casi tres siglos, traté de repetir el truco que anduve ensayando tanto tiempo para sorprenderla. Le pedí que confiara en mí, pero nada, estaba empeñada en que mi obsesión por la magia solo traía problemas.

—Abran paso. —Se oyó una voz que venía de la calle.

—El juez ha llegado —dijo el guardia.

Algunos de sus compañeros salieron afuera, y cuando cerraron la puerta, el juez comenzó a hablar:

—Farg, hijo de Loin el Pescador. Nos han comunicado que has atentado contra tu propia comunidad, poniendo en peligro la seguridad y tranquilidad de su gente. Si tienes algo que argumentar en tu defensa, es el momento de hablar.

Me quedé pensativo, debía elegir bien mis palabras y no dejarme llevar ante un juez, si no quería que mis palabras quedaran grabadas para la posteridad;

pues los jueces eran, a fin de cuentas, como una especie de escribano. Se trataba de personas con una alta capacidad para recordar los delitos mientras durase la eternidad, dictando un purgatorio o vigilancia perpetua, según la gravedad de los actos a juzgar.

—Siento lo ocurrido, ha sido culpa mía. Nunca debí utilizar mis artes en Clena, no si con ello ponía en peligro a todos —dije, cabizbajo y sin mirarle a la cara.

—Algunos guardias dicen que vieron un tornado de fuego; sin embargo, es bien sabido que tu habilidad con el fuego es muy limitada —dictaba como si me conociera—, pero los daños que causaste al pueblo superaron cualquier límite que pudiese aspirar al perdón. Quedarás bajo vigilancia durante un largo periodo de tiempo hasta que se realice la investigación pertinente, y si tratas de huir alguna noche, se te dará caza y la condena pasará a ser purgatorio.

Tal como terminó su monótono discurso, se dio la vuelta y se marchó, dejando a dos de los guardias custodiándome, quienes me miraban negando con la cabeza.

—Amigo, has metido bien la pata—dijo el más fornido mientras cerraba la puerta—. Jamás habíamos tenido problemas contigo. ¡Bueno! No por algo tan grave.

—No me importa lo que hagáis conmigo, mi verdadero temor es aquel mago del fuego. Tenéis que extremar la vigilancia alrededor del pueblo —dije mientras el corpulento guardia se acercaba a mi lado.

Traté de ver mi situación como algo positivo, pues ser vigilado evitaría que el mago volviese a mi casa para vengarse, y, si lo hacía, la justicia se encargaría de librarnos de él. Contaba con que al menos fuese así mientras durase la investigación que demostrase mi inocencia.

El otro guardia, bastante más delgado y envejecido, encendió un farol con artes de fuego y lo colgó cerca de mi cama, donde estaba en pie su compañero. A continuación, empezó a hablar.

—Sabes de sobra de lo que es capaz un mago del fuego —decía mirando el farol—, ambos lo sabemos. Pero no es el primer incidente que nos han comunicado en tu contra. La chica de la taberna nos ha contado otros tantos, y todos formarán parte de la investigación que se llevará a cabo.

La chica de la taberna, ¡cómo no! ¿Pero qué mosca le habrá picado a Gerti? ¿Qué tendrán que ver mis otros deslices con lo de ayer? Parece que cuando pasan cosas así, todo el mundo te recrimina lo malo y se olvidan de las cosas positivas. En fin, no importaba lo que tratase de hacer en mi defensa, yo me había ganado esta fama y ahora me tocaba responsabilizarme por ella. Mientras tanto, el verdadero culpable andaba suelto.



# Índice

Intento frustrado.....	11
Sabe más el viejo por diablo.....	15
La coartada.....	25
La Original.....	<b>¡Error! Marcador no definido.</b>
El mapa .....	<b>¡Error! Marcador no definido.</b>
Arco Iris .....	<b>¡Error! Marcador no definido.</b>
Cuando caiga la noche .....	<b>¡Error! Marcador no definido.</b>
Leyendas de Roundar.....	<b>¡Error! Marcador no definido.</b>
La Dama de Hielo, parte I.....	<b>¡Error! Marcador no definido.</b>
El Errante .....	<b>¡Error! Marcador no definido.</b>
Una dolorosa ausencia .....	<b>¡Error! Marcador no definido.</b>
La Famosa Expedición .....	<b>¡Error! Marcador no definido.</b>
Travesuras.....	<b>¡Error! Marcador no definido.</b>
Error de pronóstico.....	<b>¡Error! Marcador no definido.</b>
Arcoíris de dolor.....	<b>¡Error! Marcador no definido.</b>
La Dama de Hielo, parte II.....	<b>¡Error! Marcador no definido.</b>
Doce fragmentos .....	<b>¡Error! Marcador no definido.</b>
Purgatorio .....	<b>¡Error! Marcador no definido.</b>

## Agradecimientos

Todo lo que soy y lo que he conseguido se lo debo a muchas personas y circunstancias, así que en primer lugar daré las gracias a las desgracias y a los errores que he cometido, pues sin todos ellos, no me encontraría en esta etapa de mi vida.

Si existiera una lista donde anotara los nombres de todas las personas que han soportado mis desvaríos, mis agradecimientos nunca terminarían, así que me centraré en todos aquellos que más me han acompañado, de un modo u otro, durante la elaboración del universo «Chains of Destiny».

Ante todo, agradezco a mi esposa, Noelia, pues ha tenido que soportar extensos monólogos sobre aquello que me apasiona. Tras varios años posponiendo los arreglos de esta novela, ha sido con quien he compartido despacho durante mis largas horas de revisión.

También quiero mencionar a Marta, pues, aunque hace años que no trabajamos juntos, comenzó siendo la revisora oficial. Sus consejos y sus palabras de ánimo me motivaron a seguir adelante en esta aventura.

A Daniel, mi primo, con quien de pequeño recorríamos los infinitos y desconocidos caminos de la imaginación, y a quien hago un discreto homenaje a través de los nombres de algunos personajes.

Y, por último, «a tí», que has tomado la valiente iniciativa de perderte en la infinidad del «Ciclo» y te has retado a descubrir sus misterios. ¡Gracias por ayudarme a expandir este universo!



## **Sobre el autor...**

1988, onubense de nacimiento, alcalaíno de residencia y apasionado de la astrofísica y de la tecnología.

Se preparó como diseñador de videojuegos, para lo que escribió numerosos guiones, borradores y conceptos, pero terminó adentrándose en el mundo de la literatura tras sufrir un accidente de tráfico en 2012; un atropello tras el que sintió que todas las historias que hasta entonces había creado podrían no haber visto la luz jamás. Así que se armó de coraje y, con una sola mano, escribió el primer borrador de esta novela durante su convalecencia.

La idea del «Ciclo» tiene sus raíces en la enfermedad de Alzheimer que padeció su abuela paterna, a quien dedica esta historia.

Ha obtenido varios reconocimientos creativos y literarios de diversas índoles durante su trayectoria educativa y profesional.

En la actualidad, trabaja como ingeniero informático y vive una apacible vida junto a su esposa y sus dos hijos.

## Sinopsis

El Ciclo, un fenómeno que mantiene a las personas atrapadas en el mismo día que vivieron hace doscientos noventa y ocho años. Durante este tiempo, muchos han tenido la oportunidad de no volver a tropezar con las mismas piedras, en cambio, otros están condenados a revivir sus mayores pesares, pues para bien o para mal, sus centenarias mentes recuerdan todo lo sucedido.

Farg, un joven mendigo que claudicó de la vida cuando fue sorprendido por este giro del destino, narrará sus aventuras en un mundo fantástico, con mitología propia, en el que la magia dejó de ser algo extraordinario y las riquezas perdieron todo su valor. Tan solo el conocimiento y los recuerdos de uno mismo podrán salvarlo de esta cruel característica del universo.

Con cada página, tendrás en tu mano el poder de hacer fluir el tiempo y, tal vez, en algún momento, pueda conocerse la razón y la solución al mayor problema surgido jamás: la eternidad.

«El Libro en Blanco» es una novela de fantasía que invita a la reflexión y a satisfacer la curiosidad de conocer más acerca de su mundo y los personajes que lo habitan.